

bravado" (p. 109), pues el anterior sometimiento a los poderosos había significado la pérdida de virilidad del oprimido. La relegación de la mujer es consecuencia, entonces, de la lucha por esa virilidad que daba al hombre derecho sobre aquélla, derecho que anteriormente sólo tenía el poderoso.

Llama la atención la configuración de los distintos elementos de la novela de Muñoz a partir de premisas comerciales. Esta actitud ante la literatura es una herencia del siglo XIX; es parte, además, de las premisas estructurales de *El águila y la serpiente*. El hecho, sin embargo, de que se presente en el decenio inmediatamente posterior a la Revolución es extraordinario sobre todo porque supone la rápida construcción de un nuevo grupo de lectores, que, a su vez, evidencia un acelerado desarrollo cultural. Según Parra, dos fueron los elementos que permitieron la explotación de la violencia como premisa comercial: la cercanía de los acontecimientos revolucionarios y el hecho de que el 75 por ciento de los lectores fueran hombres.

El sexto capítulo se enfoca en la contextualización del período de Cárdenas. A diferencia de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, Cárdenas no veía a Villa como un contrincante revolucionario; al contrario, Villa se ajustaba perfectamente al sistema populista de gobierno que permitía a Cárdenas tomar distancia frente al expresidente Calles. Como ya se explicó, Martín Luis Guzmán fue el encargado de elaborar la obra que consagrara a Villa, mientras que Celia Hernández, en respuesta a la primera, se ocupó de proyectar el rencor de los que se vieron afectados por las acciones de Villa.

En suma, *Writing Pancho Villa's revolution. Rebels in the literary imagination of Mexico* propone una lectura de las principales obras literarias que se dedicaron a retratar la figura de Villa y muestra cómo la configuración de todas se halla íntimamente relacionada con el tiempo-espacio del enunciante, hecho algunas veces olvidado por los estudiosos. Si bien, en algunos casos, se desearía un análisis más detallado de la obra (ausencia que, reitero, no es en demérito del trabajo), el libro de Parra ofrece una interpretación que habrá que tener en cuenta en futuros estudios sobre la Novela de la Revolución.

MARCO A. CHAVARÍN
El Colegio de México

TERESA FÉRRIZ ROURE, "*Romance*", *una revista del exilio en México*.
Ediciós do Castro, A Coruña, 2003; 383 pp.

Romance fue una revista de gran formato que se publicó en México, quincenalmente, entre febrero de 1940 y mayo de 1941. Como es sa-

bido, se trató de una de las primeras publicaciones que reunió a una parte de los intelectuales republicanos españoles, recién llegados a México como exiliados de la Guerra Civil, con algunos de los mejores escritores e intelectuales mexicanos e hispanoamericanos de la época. En palabras de uno de sus animadores, Antonio Sánchez Barbudo, en su introducción a la edición facsimilar de la revista aparecida en 1974 (Verlag Detlev Auvermann, Glashütten im Taunus), “lo más significativo quizás de esta revista, ya que determina en gran parte su carácter, es que fue concebida y hecha en México, en 1940, por un grupo de refugiados, escritores y artistas españoles: jóvenes que hacía muy poco habían llegado a ese país”. Otra característica que la hace muy atractiva para su estudio es que, en sus veinticuatro páginas tamaño tabloide, reunía colaboraciones literarias, ensayos y notas sobre ciencia, música, cine, artes plásticas, actividades culturales, opiniones, bibliografía, novedades editoriales, amén de una abundancia gráfica de reproducciones pictóricas, grabados y fotografía. Se trata, pues, de un documento precioso para estudiar la intensa vida cultural que los exiliados desarrollaron en sus primeros años en México. Esos rasgos representan una dificultad adicional al estudiar la revista, y aquí radica el valor del libro de Teresa Férriz Roure, quien logra enfocar su objeto de estudio sin perder, en el análisis, los matices que conforman la empresa cultural encabezada (pese a la pretendida paridad entre americanos y españoles en la lista de colaboradores y, sobre todo, pese a los cambios de dirección a partir del número 17 del 22 de octubre de 1940) por algunos de los intelectuales republicanos como Juan Rejano, Lorenzo Varela, José Herrera Petere, Miguel Prieto, Adolfo Sánchez Vázquez, o el mismo Antonio Sánchez Barbudo, entre otros.

El estudio de Férriz Roure tiene como antecedente fundamental el trabajo pionero de Francisco Caudet (*Romance 1940-1941: una revista del exilio*, Porrúa Turanzas, Madrid, 1975), del que se aprovechan algunos las principales líneas de análisis, si bien la investigadora se propone un estudio más en profundidad. La tesis que guía el ensayo de Férriz es que *Romance* significó un esfuerzo por unir la cultura española, en específico la republicana, con la hispanoamericana; desde este punto de vista se trató de uno de los primeros pasos en la “aculturación” de los republicanos a su nuevo entorno. Con el tiempo, el proyecto se fue asentando en la práctica de una revista del exilio, “encargada de concretar y difundir algunas de las creencias genéricamente compartidas por la comunidad desterrada en los años posteriores: la esperanza del retorno; el carácter simbólico de la guerra civil y, más aún, la idealización de España; la integración, al mismo tiempo decidida y conflictiva, en el nuevo medio social, cultural, intelectual; o el peso de la tradición española en el proceso formativo del exilio intelectual” (p. 11). La autora analiza e interpreta la publicación como un episodio más de la trayectoria histórica de las revistas que

los republicanos animaron en el exilio. Bajo este presupuesto, elige centrarse en la dinámica interna de la revista, es decir en el significado y la relevancia tanto de la disposición de sus materiales como de su contenido, al igual que los propósitos estéticos y políticos de sus realizadores.

En una primera parte, Ferriz Roure explica la manera en que la revista se financiaba y se inscribía en un esfuerzo cultural más amplio: la empresa Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones S. A. (EDIAPSA) encabezada por el editor Rafael Giménez Siles. Al exponer algunos rasgos que tienen que ver con la parte material de la revista se subraya la gran variedad de autores que colaboraron en ella, lo que muestra la ambición universalista y trasnacional de sus redactores. Ferriz Roure se detiene en el episodio de ruptura del “Comité de redacción” con Giménez Siles, lo que significó que Martín Luis Guzmán asumiera la dirección de las últimas ocho entregas. Este cambio, interpreta la autora, implicó variaciones en la línea estética: en específico, hace notar el divorcio entre los ideales artísticos, éticos y políticos de los primeros redactores y los de Juan José Domenchina, quien enarbolaba una poesía más individualista y más alejada de lo popular. Se verifica además un descenso en la calidad de las ilustraciones, “una progresiva modificación de los colaboradores, pasando por un mayor descuido formal en la composición, un mayor número de anuncios y una merma en la calidad de los artículos” (p. 50). Estos aspectos produjeron una disminución de las ventas y forzaron la desaparición de la revista. El cambio en la directiva desembocó en una explícita traición de los ideales de los primeros editores (p. 54).

Ante la gran cantidad de materiales de diversa procedencia y de distintos géneros que la revista ofrece, la investigadora acierta al interpretarlos desde tres puntos de vista: la relación de lo publicado con la reflexión sobre la situación histórica, la reivindicación en sus páginas de algunas tradiciones literarias y las manifestaciones propiamente literarias y su importancia. No es de sorprender que España y la Guerra Civil ocupen un lugar de primer orden en las reflexiones e inquietudes de los redactores y colaboradores exiliados, tal como sucede en otras publicaciones similares contemporáneas. Sin embargo, Ferriz Roure señala dos peculiaridades que distinguen a *Romance*. Primero, el paso de la reflexión histórica decimonónica, positivista, a un interés por resaltar las experiencias personales en los acontecimientos recientes. El objetivo era mantener viva la España de la República hablando de su legado y de las actividades de los exiliados para así conseguir “la reafirmación de la identidad de grupo, mediante la evocación de unos referentes compartidos con los otros españoles” (p. 82). Un segundo rasgo que destaca a *Romance* por encima de otras publicaciones del exilio de aquel momento es su detección temprana al interior de España misma de una España oculta, “soterrada”, que no es fascista.

Se trata, a decir de la investigadora, de un reconocimiento apenas embrionario que años más tarde tendrá manifestaciones más sólidas en revistas como *Ultramar* o *Las Españas*. En las páginas de la revista se suman, al interés por España, los comentarios sobre la incipiente conflagración mundial. Sobre todo se veía el avance del fascismo como la confirmación de la imposibilidad del retorno a España. Pese a que los comentarios sobre la guerra en ciernes no ocultaban cierto resentimiento por la indiferencia y tibieza europeas frente al reciente conflicto español, la revista toma posición a favor de los aliados; es evidente una identificación con los intelectuales europeos perseguidos y, en general, se hace una censura de las posiciones terceristas o neutrales. Por eso mismo, como era de esperar, hay un explícito rechazo al régimen franquista aunque, según la investigadora, no tan virulento como en otras publicaciones del exilio.

Teresa Férriz lee la revista también como un registro histórico de las actividades de los exiliados en aquella época. En los anuncios, las noticias, las reseñas y notas, y en las agendas culturales que se publicaron ahí, es posible rastrear la inmensa cantidad de conciertos, representaciones teatrales, apariciones de libros y demás actividades que animaron los exiliados y que son testimonio de su paulatina asimilación a los países de acogida. La apertura de sus páginas a todas las disciplinas del conocimiento y las artes se analiza como muestra del “humanismo” de sus editores. Esto da pie a la autora para analizar la cuestión del compromiso del intelectual entre los redactores y colaboradores de la publicación. A pesar de que no es posible adscribir la revista a ningún partido, se verifica una reivindicación de los ideales republicanos, identificados como la activa difusión de la cultura, y la defensa de un tipo de intelectual “humanista”. Así, Férriz Roure distingue entre el “compromiso” –que relaciona más con esta defensa del “humanismo”– y la “politización” –pensada como explícita toma de postura ideológica– del intelectual exiliado. Los redactores de *Romance* rechazan cualquier intervención del intelectual que caiga en el panfleto y dirigen su interés a ese ideal “humanista” (el término aparece por doquier) que se asocia con los objetivos de la publicación. En primer término, la revista manifiesta una clara vocación pedagógica, ejemplificada no sólo por la ya mencionada amplitud de temas y disciplinas difundidas, sino por su lenguaje coloquial y sencillo. Se buscaba popularizar la cultura y se estimaba que la educación era la base del cambio social; estas ambiciones provenían del proyecto educativo republicano que seguían propagando en el exilio. De ahí que los redactores buscaran sus “ascendientes” entre figuras señeras de la tradición humanista española como Luis Vives: junto a su figura, asociada a la lucha contra la España retrógrada e imperial, los redactores reivindican, difunden y comentan a otros autores de distintas épocas –Manrique, Cervantes, Lope de Vega, Goya, Unamuno o Pérez

Galdós—, como parte de una interpretación y apropiación de la cultura hispánica tamizada por la experiencia del exilio. El Quijote es, por ejemplo, símbolo de conciencia, dignidad y libertad del hombre español; mientras que se rescata el carácter popular del *Libro de buen amor*, las coplas de Gil Vicente o de la novela picaresca. Se identifica, desde luego, lo popular con las causas republicanas; se rescata, por ello, la obra de Bécquer y Larra.

Sin duda, las lecturas y apropiaciones de la tradición determinan los rumbos estéticos que toman las colaboraciones literarias de los exiliados en la publicación. Se verifica en las páginas de la revista una revisión de las vanguardias, que la autora identifica como un tránsito hacia el compromiso, rasgo distintivo de la literatura española de finales de los años treinta. El “humanismo”, antes aludido, se contrapone a la “deshumanización”, propia de las vanguardias. Esta crítica a las vanguardias desemboca previsiblemente en una defensa del realismo, que está estrechamente ligada a una revalorización del romanticismo. Este auge neorromántico en la literatura de algunos colaboradores conduce de nuevo a la identificación entre vida y obra y a una exaltación de los sentimientos de libertad referidos a la nación, al pueblo. Ferriz Roure percibe que la vuelta al realismo y al neorromanticismo se manifiesta en una apuesta estética por la contemplación “*sentimental* de la realidad” (p. 256). De ahí el interés de los redactores por la novela picaresca y, sobre todo, por la figura de Galdós; interés este último que tiene que ver con el acercamiento al gran público y con que su obra “marca una dirección posible de esa nueva novela *histórica* la cual, de maneras bien distintas pero similares en su intención, materializarán narradores como Aub, Ayala o Sender” (p. 260).

Las últimas veinte páginas del estudio se dedican a analizar la creación literaria en *Romance*. En el terreno de la poesía, el nuevo humanismo se identifica con un lenguaje mucho más accesible y coloquial. En líneas generales, se confirma el abandono de las vanguardias; hay un predominio del cuento como género narrativo, y entre los autores más recurrentes (Varela, Herrera Petere, Sánchez Barbudo, Garfias, Carnés, Masip y Jarnés) España sigue siendo mayoritariamente el tema central, además de que se perfila en sus escritos la llamada “novela social”. Como ejemplo, la investigadora menciona *El diario de Hamlet García*, novela de Paulino Masip, cuyo primer capítulo aparece en *Romance*. Aunque no se insiste en ello, cabe hacer notar que el diario, como género, concuerda con las ambiciones realistas de la revista; este fragmento posee implicaciones significativas puesto que el personaje principal (un intelectual testigo de los primeros días de la conflagración española) representa muy bien la situación de varios de los animadores del quincenario.

Romance se inscribe en el período crítico de los primeros años del exilio republicano en México, y otros países del continente. La volun-

tad de fundir las culturas española (republicana) e hispanoamericana, verificable en sus páginas, es el signo distintivo de este ambicioso proyecto, de final abrupto y prematuro. El valioso estudio de Teresa Férriz pone de manifiesto la importancia de aquel momento para la historia de la literatura española. La autora logra dar cuenta de la vigencia de *Romance*, al descubrir y analizar sus líneas de interés principales; una tarea no menor si se repara en la diversidad textual que ofrece la publicación y si se tiene en cuenta que, salvo la primera exploración de Caudet, no abundan los estudios en profundidad sobre esta revista. Es necesario analizar los legados que *Romance* dejó en el medio cultural en que se desarrolló, el mexicano; en específico, su influencia, y la influencia de algunos de sus hacedores, en publicaciones posteriores como el suplemento *México en la Cultura* (del diario *Novedades*), donde también participó Miguel Prieto, por ejemplo. En general, como se desprende del presente estudio, se podrían continuar las pesquisas sobre la relación de *Romance* con otras revistas del exilio contemporáneas y también con las mexicanas de la época, lo que añadiría otros matices a la reflexión sobre la historia literaria mexicana de finales de los años treinta y principios de los cuarenta. Estos últimos aspectos no formaron parte, explícitamente, del interés de Teresa Férriz Roure, aunque su libro contribuya en gran medida para comenzar a esclarecerlos.

IVÁN PÉREZ DANIEL
El Colegio de México

Poetas del exilio español: una antología. Ed. de James Valender y Gabriel Rojo Leyva. El Colegio de México, México, 2006; 444 pp. (*Serie Literatura del Exilio Español*, 8).

Una antología se encuentra siempre –lo haga de modo explícito o no– en una búsqueda de equilibrio, de proporción entre dos objetivos que pueden resultar contrapuestos. Más aún, dada la vastedad del campo de lo literario, una antología de poesía es necesariamente una antología *de*; se ve obligada a recortar un ámbito de lo que es, para ella, lo “antologable”; segmenta un universo dentro del cual construye su selección. De allí el difícil equilibrio en el que se ve envuelta. Debe, por un lado, elegir una serie de textos que por su calidad se destacan en ese universo y, por otro, debe dar cuenta de ese mismo ámbito, mostrar el modo en que está conformado. Esta segunda búsqueda conlleva un intento de descripción, e incluso de hacer una historia, del campo que construye y selecciona. Así pues, toda antología está en busca de un balance entre la reunión de “lo mejor” y la reunión de